



Instituto de Formación
de Pastoral de Juventud
Cardenal Eduardo F. Pironio

el viejo oficio de ser pastores

Suele confundirse la imagen del Pastor con alguien bonachón que cuida el rebaño, porque es bueno y no tienen nada mejor que hacer. Es más, su oficio aparece desdibujado como alguien que se tira a descansar mientras las ovejas pastan alegremente.

En realidad el pastor cuida su rebaño porque sabe que su vida, se encuentra atada a la vida de éste. Es más, si el rebaño muere, él mismo muere. Además ser pastor significa asumir la defensa de la vida del rebaño, especialmente de aquellas que están más vulnerables al ataque de los lobos. El pastor enfrenta a los lobos, no negocia ni concerta con ellos. El cayado es para defender al rebaño del ataque de las jaurías sangrientas.

El pastor tiene que buscar el pasto y el agua, defenderlo de los peligros, soñar caminos e itinerarios seguros, arriesgar la propia vida. Este es el oficio que nos convoca y nos apasiona. Pensando en esto, nació la siguiente reflexión:

¿Quiénes somos? La tarea de la animación pastoral, es ante todo una comunidad que se propone anunciar el triunfo del Dios de la Vida frente a todos los imperios de la muerte. Esto es lo que nos define: el ser pastores y pastoras, el estar al lado del rebaño sin condiciones y sin aceptar condicionamientos de ninguna índole: sólo debemos fidelidad al rebaño y al Dios que nos confió esta misión.

¿Y las reuniones? Las reuniones de los grupos son ante todo una posibilidad de encuentro, y en los tiempos que vivimos, esto no es poca cosa. Encuentros de vidas que buscan ser felices, encuentros de resistencias y de elaboración de la cultura juvenil emergente. Encuentros donde lo que importa es el otro, su libertad y su felicidad. Encuentros de anuncio y de escucha, de gozo y de apostar a la vida.

Encuentros llenos de contrastes, porque encontrarse es precisamente meterse en los contrastes, es no eliminarlos ni negarlos, es el difícil entrenamiento de integrarlos. Encuentro de cuerpos, de manos, de esperanzas y de tristezas. Hemos llorado y hemos reído, no han hecho embroncar y hemos sido perdonados, y con ellos también nos hemos sentido vivos.

Gestando juntos. Con los jóvenes gestamos una nueva manera de ser Iglesia. Las palabras que afloran, las misas, los agradecimientos y las nostalgias anticipadas. Todo nos hace mostrar y mostrarnos que se puede transformar la realidad, que también nosotros podemos cambiar.

También el dolor nos transforma. El país, y la certeza que todavía estamos lejos de alcanzar los sueños que soñamos, que la vida que tenemos no es la que queremos, que muchas veces seguimos dando un paso adelante y dos atrás.

¿Y vos, cómo andás? Esta es la pregunta central, que muchas veces dejamos para el final; la única pregunta que debería importarnos, la pregunta que es capaz de lograr el milagro del amor. Porque de eso se trata: ser capaces de dar y de recibir amor.

¿Y ahora qué? La brújula de nuestro andar deber ser el encuentro, caminar con la esperanza de ser fieles al Dios de la vida, caminar con la esperanza que brota de nuestros sueños y utopías, Ser pastores, tener un corazón de pastores, vivir como comunidad de pastores, esto es lo específico de quienes animamos la Pastoral de Juventud. Por eso nos seguirá desafiando, ilusionando y congregando la fiesta de los jóvenes; disfrutar con ellos el ritual sagrado que derrocha el pan y comparte el vino, aunque en este rito se hable, se embrome o se desafíe con el canto.



Pablo Rozen. Laico y Teólogo - Buenos Aires